

Frutos del cansancio, el dolor, el encierro, los nervios y el pánico, sobre todo el pánico. *Para prueba le aguarda al pobre mañana. Un corazón nuevo. No, mujer, no es un corazón nuevo, sólo le implantan una válvula artificial. ¿Sólo, dices?, pues eso, al cabo: andar con un corazón de plástico, vivir con un postizo, como quien dice. Y el tío tan entero, tan callado pero tan de una pieza. Debe de estar roidito por dentro porque rumiar, bien ha de rumiarlo. ¡Raro es que no se haya desmoronado antes, el pobre!. ¿Quién dice se ha desmoronado ahora?. Sólo necesita estar tranquilo un rato. Las visitas, en nuestro afán de acompañar y distraer, acabamos por aturdir e incordiar, ¿no creéis?. Pero entremos de nuevo, que en el fondo le hace falta compañía y enseguida llega la bandeja de la cena... Vaya, ahí le tenéis: Narcisito contemplando en el espejo su bonita cara. ¡Qué pasa, cuentista!, ¿va a decirnos que nos despides de un puntapié para lanzarte besitos desde las seis?.*

Hélos ahí, ocupadores estratégicos de la habitación. Dispuestos para posar, mientras el óleo se fija al lienzo, podrían hacer tiempo e invadir la monotonía del pasillo con un partido de hockey, o agotar la longitud del corredor disfrazados de banda municipal. Sara, Andrés, Claudio, Elena y él, exprimiendo todos los rincones tolerados por la perspectiva académica de las Meninas. En el plano de fondo, los gorriones y la quietud crucificados en los listones de la persiana y santificados por los últimos ramalazos de luz. Siempre una y la misma ausente: Soledad que, si mujer fue, hoy es sueño. Un lienzo como un ajedrez en perspectiva. Un rey enfermo. La corte de los visitantes móviles, desplazables aquí y allá, delante o detrás. *Te quiero, te apreciamos, te amo, todo saldrá bien. No vas a enterarte de nada. Estos cirujanos son como mecánicos. Cuando despiertes te habrán daído el cambiazo, pero tendremos que jurártelo para que lo creas. Venga, dejaos de chorradas, que parece que estáis consolando a un bebé. Con tanto melindre acabará cagándose en los pantalones.*

Pudo tener cabida Soledad, pero en otras Meninas. Si Soledad mujer -como en Nueva York, como en esos meses enterrados de...- entonces ni Sara, ni Andrés, ni la fidelidad eterna de Elena y Claudio. El rey estuvo a punto de hipotecar su reino y renunciar a sus visitantes, para naufragar en las avenidas movedizas de la metrópoli totémica y descomunal. Tú, investigador de biblioteca, que logras por fin para tu aula y tu despacho un cartel de cerrado provisional y recibes de mano de Ariadna el hilo que te conduce allende el mar. Allí te aguarda, sociólogo y antropólogo de tesis repetidas, la jovial promesa de un trabajo de campo, que embestirás con tu euforia y tu miedo. Pero no hay un poblacho tribal, no: es el Bronx. Es el feudo y paraíso de hombres oscuros que ametrallan de inmediato tus lentes académicas y, mientras las trituran con sus pies, te condecoran con mil interrogantes, sin respuesta en tu archivo, fraguados al ritmo de un espiritual negro.

Cuando tropiezas con esa mujer en la escalerilla del avión, no sospechas que juntos llamaréis a tantas puertas ni que ella, como experimentada maestra cerrajera, abordará los más hondos capítulos de tu corazón. Soledad y tú tomando el pulso a la ciudad. Ella con lamentos lorquianos bajo el brazo, refrescados para ti en esta acera o en aquella plaza. Tú despojándote progresivamente de las imágenes turbias condensadas en el espejo de la literatura socioantropológica. Soledad redimiendo tus complejos, concediéndote la mitad de su tiempo -hurtado al hospital- y la totalidad de su

